



ta años después les hemos visto subir al poder, tratar á los cristianos en Francia como los magos les habían tratado en la Persia. Mas, volviendo á este país, al fin del décimoséptimo siglo había todavía un obispo católico en Ispahan, capital de la Persia actual. En nuestros días, y por consecuencia de las revoluciones que le han destrozado, este país está bajo la jurisdicción del obispo europeo de Babilonia.

EL EGIPTO Y LA ETIOPÍA.

Los brahmanes ó filósofos de la India, los caldeos ó filósofos de Babilonia, los magos ó filósofos de la Persia, han sido para los filósofos de la Grecia como los maestros y oráculos; mucho ménos, sin embargo, que los sacerdotes ó filósofos del Egipto. Estos, como más cercanos, fueron consultados más á menudo: «¡Oh Solon, Solon! decía á este sábio un sacerdote de Sais; vosotros los griegos sois siempre niños; no hay ancianos en la Grecia. Sois todos jóvenes en cuanto al espíritu, porque no teneis ninguna opinión ó doctrina antigua, transmitida por la antigua tradición, ninguna ciencia encanecida por el tiempo (1).»

No sucedía lo propio en Egipto. Su sabiduría era ya de mucha fama mil años antes de Solon, pues dicho está que Moisés fué instruido en la sabiduría de los egipcios (2). Todavía se remontaba mucho más. Dos siglos antes de Moisés, el patriarca José, nieto de Abraham, enseñaba, por orden de Faraon, á los príncipes del Egipto, la sabiduría y la prudencia con que el mismo Dios le había dotado (3).

Pero ¿qué fué de esta sabiduría en poder de estos magos?

Por espacio de muchos años no se puede juzgar otra cosa de su civilización que lo que manifiestan las pirámides, los canales del Nilo, y las ruinas de la Tebaida, su celebrada fama de habilidad en punto á gobierno, y su extravagante idolatría en punto á religión.

A excepción de algunos fragmentos hallados en los autores griegos y latinos, la filosofía propiamente dicha, la doctrina científica del Egipto estaba envuelta en el velo de los jeroglíficos. Pero este velo se descubre y los doctos se convencen más y más de que en el antiguo Mizraim, la filosofía era en el fondo la misma que hoy es en la India. Un Sér Supremo y único, manifestándose bajo tres formas principales ó personas, y un verbo creador, inteligencia soberana, la caída de las almas, la esperanza de la redención, y las divinas encarnaciones; un paraíso, un infierno, un purgatorio por la metempsicosis; alegorías, personificaciones del sol, de la luna, del cielo y de la tierra, del Egipto, del Nilo, años, estaciones, meses, vientos, etc., ó más bien la divinidad transformándose, manifestándose y reproduciéndose en todo esto, en una palabra, todas las verdades que sirven de base á todos los errores: tal aparece como ya lo hemos visto en otro

(1) Platon, *Tim.*, t. IX, p. 206.

(2) Act., 7, 22.

(3) Salmo 104, 22.

lugar el sistema, el todo de la filosofía egipcia.

Los libros donde se encuentra escrito, pintado y esculpido su pasado, son los palacios, los templos, las columnas, los obeliscos, las mómias, los panteones que unos se levantan en pirámides, y otros se hallan en el interior de una roca como ciudades subterráneas. Estos monumentos, restos de una historia antigua y moderna, se encuentran esparcidos no solamente por todo el Egipto, sino por la Etiopía, la Nubia, por los desiertos de la Libia y de la Arabia, en medio de los oasis ó islas que aparecen en varios puntos en aquellos arenosos mares.

Hasta los sábios se inclinan á creer que esta maravillosa dinastía de las ciencias y de las artes penetró en Egipto por la Etiopía.

Se han descubierto además libros escritos sobre papel ó papiro. Había de esta clase en los que los filósofos exponían y comentaban su doctrina. Un padre de la Iglesia, Clemente Alejandrino, habla de ellos al describir una de sus procesiones religiosas. «A la cabeza iba un cantor llevando uno de los símbolos de la música; debe poseer dos de los libros de Helmes, de los cuales uno comprende los himnos de los dioses, y el otro las reglas para la conducta del rey. Después del cantor viene el horóscopo, que tiene en su mano el reloj y la rama de la palmera, emblemas de la astrología. Debe tener presentes los libros de Hermes, relativos á la astrología, en número de cuatro: uno trata del orden de las estrellas fijas; otro de las conjunciones é iluminaciones del sol y de la luna, y los otros dos de las salidas de los astros. Va en seguida el escriba sagrado (ó hierro granúmata); tiene plumas sobre la cabeza, un libro y una regla en las manos con tinta y una caña para escribir. Debe saber de jeroglíficos, la cosmografía, la geografía, la marcha del sol, de la luna y de los cinco planetas; conocer la corografía del Egipto, la descripción del Nilo, el conjunto que constituye las ceremonias religiosas y los dioses que les están consagrados, la medida y la naturaleza de todas las cosas necesarias para los sacrificios.

Estos personajes van seguidos del estolista, que lleva en sus manos la vara de la justicia y la copa para las libaciones.

Está instruido en todo aquello que concierne á la educación y al arte de preparar y de inmolar las víctimas. Diez objetos constituyen los honores que se deben á los dioses y abrazan la religión egipcia, los sacrificios, las primicias, los himnos, las oraciones, las procesiones, las fiestas y otras cosas parecidas. Después de todos va el profeta, que lleva en los pliegues de su vestido la urna sagrada descubierta á todos, y detrás de él los que llevan los panes de la exposición.

El profeta, presidente del templo, está obligado á aprender los diez libros sacerdotales, propiamente dichos, que tratan de las leyes, de los dioses y de toda la disciplina del sacerdocio. También es él quien cuida de la distribución de las ventas. Entre todos hay cuarenta y dos libros de Hermes esencialmente necesarios; de estos cuarenta y dos, los sacerdotes nombrados al efecto extendían treinta y seis,



que contienen la filosofía toda de los egipcios. Los otros seis se dejan á los pastóforas, y son los que tratan de las diferentes partes del arte de la guerra; es decir, de la estructura del cuerpo, de las enfermedades, de los instrumentos, de la vista y de las mujeres (1).

En este pasaje la filosofía cristiana de Alejandria nos enseña que había cuarenta y dos libros de Hermes, esencialmente necesarios; lo que hace suponer que estos no eran todos, y en efecto, se encuentran muchos otros citados en los autores. Los hay que cuentan hasta veinte mil; Jámblico, filósofo neo-platónico, les hace subir hasta treinta y seis mil quinientos veinticinco (2). Si esto fuera cierto, ni los budhistas superaban á los egipcios en el número de sus libros.

Segun la doctrina egipcia, tal como hoy la escriben los hombres más sábios, Hernos ó Heot es la inteligencia divina; como Verbo eterno, se llama Hermes Trismegisto ó Hermes tres veces grande; como Verbo encarnado, se le llama Hernos, dos veces grande, ó segundo Hermes.

Varios padres de la Iglesia han citado los libros de Hermes ó Mercurio Trismegisto, en favor de la unidad de Dios y de otras verdades cristianas. Un autor que parece ser del quinto siglo, Juan Estobio, nos ha conservado extractos más numerosos y más considerables del mismo Hermes, en los que se halla la misma doctrina en el fondo.

Existe un libro entero de Hermes con el título de *Pimandro*, que está en conformidad con su sentir con lo que dicen Estobio y los padres. Pero hasta estos últimos tiempos se creía generalmente que todo era apócrifo, inventado y falsamente atribuido á los egipcios. Hoy los más sábios están conformes en que estos libros, en cualquier tiempo que hayan sido redactados ó traducidos al griego y al latín, contienen en realidad la doctrina antigua del Egipto, la doctrina enseñada en los jeroglíficos, y que por consiguiente, los autores cristianos ni engañaban, ni se engañaban cuando se apoyaban en esta clase de testimonios (3).

Pero ¿cómo entonces el Egipto pudo hacerse tan groseramente idólatra que llegó á prosternarse ante los bueyes, machos cabrios y cocodrilos? El ejemplo actual de la India sirve para demostrarnos este hecho. Con las ideas

(1) Clem. Alex., *Strom.*, 6, p. 633, *ad et du Vaisseau*.

(2) Fambl., *Mys egypt.*

(3) Campolion, *Panteon egipcio*. Creuzer-Guignaut, l. 3, especialmente las notas.

más sublimes sobre la unidad de Dios, en los libros, la India se prosterna y adora á la vaca, á la serpiente, á la yerba *darba* y á los utensilios de cocina. Y es que entre otras causas, los sábios del Egipto, como también los sábios de la India, en vez de buscar la gloria de Dios, no buscaban más que la suya propia.

En el Egipto, como en la India, se reservaban para sí solos la lectura de los libros de ciencias. En el Egipto tenían también un medio más para conservar por siempre este monopolio: tenían dos lenguas misteriosas, desconocidas al vulgo. La verdad estaba en Egipto, pero cautiva. Dios la da libertad con Israel; la saca de la esclavitud de los jeroglíficos, haciéndola escribir en una lengua y con caracteres que todos podían conocer fácilmente; la libra de la multitud de símbolos astronómicos, astrológicos, físicos y otros, haciéndola escribir en toda su sencillez; la saca del secreto en que estaba retenida, dándole publicidad desde lo alto de una montaña y al ruido del trueno, librala de la opresión de la casta sábia para darla en herencia á todo un pueblo, con el fin de que la medite y la haga conocer á los demás pueblos.

El Egipto y la Etiopía conservaron siempre relaciones con este pueblo, depositario de la verdad. La reina del Mediodía, la Etiopía, va á admirar la sabiduría de su rey Salomon; Faraon le da una hija. Jeremías profetiza en Egipto. Colonias de judíos se establecen en Egipto y en la Etiopía del sexto al tercer siglo antes de la era de Cristo, y forman un reino en este último país (1). Bajo Alejandro, los judíos alcanzan el derecho de ciudadanía en Alejandria. El Cristo niño fué llevado al Egipto. El eunuco de la reina Caudace va á adorar á Jerusalem, y lleva á la Etiopía el germen del cristianismo, que se tomó con grande incremento y aun existe en el día. San Márcos le predica en Alejandria. Piadosos solitarios poblarán la Tebaida. Alejandria verá que su escuela cristiana llega á hacerse una de las lumbreras del mundo. Aún hoy, después de tantos reveses, forman los cristianos la mitad, ó quizás más, de la población del Egipto; la mayor parte, es verdad, empeñados en el error ó en el cisma, pero más por ignorancia que por obstinación. Muchos de ellos, los coptas, descienden de los egipcios y han conservado su lengua en el oficio divino, lo que no ha dejado de servir para el descubrimiento de los jeroglíficos (2).

(1) *Nouveau journal asiatique*, Junio, 1829.

(2) Carta del P. Sicord al conde de Tolosa.